

que se le dirigían otras nuevas fuerzas, según se lo había prometido la Rusia. Ese cuerpo había dejado desde la Moravia á la Baviera unos cinco ó seis mil hombres entre rezagados y enfermos; pero se le había unido el destacamento austriaco de Kienmayer, salvado del desastre de Ulm antes de haberse cumplido el cerco de esta plaza. Mr. de Meerfeld reunió todavía algunas otras fuerzas á ese destacamento, de cuyo mando se encargó el mismo; de suerte que el todo de ese ejército se podía poner en sesenta y cinco mil combatientes entre rusos y austriacos. Poca cosa era para salvar la monarquía acometida por ciento cincuenta mil franceses, yendo por lo menos los cien mil en una sola masa. Mandaba aquellas armas el general Kutusof, hombre de una edad avanzada, ciego de un ojo á causa de una herida recibida en la cabeza, obeso, indolente, disoluto, avaro, pero entendido; con un entendimiento tan perspicaz cuanto era la magnitud de su cuerpo; afortunado en la guerra, cortesano hábil y harto capaz para el mando en ocasión en que tanto importaba la prudencia y el favor del hado. Sus segundos eran medianos, excepto tres, el príncipe Bagración y los generales Doctorow y Miloradovich. El príncipe Bagración era un georgiano de un valor heroico, en que la experiencia suplía á la educación de que careciera en su infancia, y siempre iba encargado de la vanguardia ó de la retaguardia, según donde mayor fuese el peligro. En el general Doctorow había un militar juicioso, modesto, instruído y de temple. Miloradovich, servio de origen, desplegaba una valentía brillante, pero ninguna noción tenía del arte militar; era de costumbres desordenadas, reuniendo en sí todos los vicios de la civilización y cuantos sustenta la barbarie. El carácter de los soldados rusos no desdecía en nada del de sus generales. Lucía en todos ellos una bravura selvática y mal encaminada; su artillería era pesada; su caballería mediana, y entre generales, oficiales y soldados no se alcanzaba á ver sino un ejército ignorante, ya que en extremo temible, atendida su abnegación. Nosotros hemos sido los maestros de los rusos en la guerra, y desde entonces han comenzado ellos á juntar el saber con el valor.

La noticia de la catástrofe de Ulm no llegó á oídos del general Kutusof hasta que ya andaba en boca de todo el mundo, porque así el archiduque Fernando como el general Mack hasta en la víspera misma de su derrota nada le anunciaron sino triunfos. Fué, pues, preciso que ese mismo Mack se presentase en persona declarando la ruina del principal ejército austriaco. Kutusof perdió entonces, y con razón, la esperanza de poder salvar á Viena, y no anduvo en rodeos para manifestárselo así al emperador Francisco, que se había acogido al cuartel general ruso, diciendo que era menester hacer el sacrificio de aquella capital. Por su parte sobrado habría querido salir cuanto antes del riesgo que él corría, y se hubiera trasladado á la orilla izquierda del Danubio con ánimo de reunirse á las reservas rusas que venían por la Bohemia y la Moravia; mas el emperador y su consejo insistían en que no se abandonase Viena sino en caso de ser ese sacrificio indispensable, lisonjeándose de que con entretener la marcha de Napoleón por cuantos medios pudiese ofrecer la guerra defensiva, se ganaría tiempo bastante para que el archiduque Carlos pasase al Austria, para que las reservas

rusas se abocaran al Danubio, para operar una reunión general de los ejércitos aliados, pudiendo entonces presentar una batalla en que quizá estuviera la salvación de la capital de la monarquía. Conformándose el general Kutusof con los deseos del principal aliado de su amo, ofreció oponer á los franceses toda resistencia mientras no le llevara hasta el empeño de una acción seria, y se resolvió por consiguiente á servirse de cuantos ríos confluyen con el Danubio, despeñándose de los Alpes, para poder hacer más lentos los movimientos del enemigo. Consegúase tal objeto con sólo cortar los puentes, oponiéndose con fuertes retaguardias al paso que los franceses quisiesen acometer á mano armada; paso extremadamente difícil en una estación en que todas las aguas corrían tan levantadas, tan impetuosas y tan cargadas de carámbanos.

Napoleón había dispuesto su marcha del modo siguiente: Entre el Danubio y la cordillera de los Alpes no quedaba más espacio que el de un camino muy estrecho, y por él era preciso ir. Meterse en tal estrechez con un ejército tan numeroso era exponerse á carecer de mantenimientos y á los riesgos de un ataque, porque á más del archiduque Carlos, que podía pasar de Lombardía á la Baviera y caer sobre nuestro flanco, preciso era temer también á los veinticinco mil hombres que tenía en el Tirol el archiduque Juan. Por tanto, muy prudente anduvo Napoleón encargando á la división de Ney la conquista del Tirol, ordenando inmediatamente á ese jefe que abandonase Ulm, y marchase por Kempten para invadir el Tirol, de modo que quedasen cortadas en dos mitades las fuerzas enemigas diseminadas en aquel dilatado país. Aquellas que Ney había de dejar á su derecha debían ser perseguidas hacia el Vorarlberg y el lago de Constanza, á cuyo punto concurría la división de Augereau después de haber atravesado toda la Francia desde Brest á Huninga. Ney privado entonces del cuerpo de Dupont que siguió con Murat en persecución del archiduque Fernando, tenía cuando mucho algunos diez mil hombres; pero Napoleón, confiando en su arrojo y también en los catorce mil soldados que llevaba Augereau, llegó á creer que eran fuerzas suficientes para el desempeño de aquella empresa. Dispuesto de esta manera lo concerniente al Tirol, el emperador despachó á Bernadotte para el país de Salzburgo, encomendándole que se trasladara desde Munich al Inn, debiendo pasar este río por Wasserburgo ó por Rosenheim. Debía apoyar á Bernadotte el general Marmont. Dos ventajas adquiría Napoleón con eso; no tener que recelar cosa ninguna por la parte de los Alpes, y guardarse la posesión del curso superior del Inn, impidiendo así que los austro-rusos le vinieran á disputar el curso inferior de ese río contra el grueso de su ejército. Quedóse él por su parte con las divisiones de los mariscales Davout, Soult y Lannes, con la reserva de caballería y la guardia, y acometió de frente contra la gran barrera del Inn, resuelto á saltarla desde Muhlendorf á Braunau. El 26 de octubre se le señaló á Murat para emprender su movimiento con los dragones de los generales Wálter y Beaumont, la caballería del general Hautpoul, y materiales para un puente, debiendo caminar directamente á Muhlendorf, sin apartarse de la carretera que conduce desde Munich á Hohenlinden, atravesando así los campos ya inmortalizados por Moreau.

El mariscal Soult había de apoyarle, siguiendo sus pasos á distancia de una sola jornada. El mariscal Davout tomó la ruta de la izquierda por Freisingen, Dorfen y Neu-Étingen. Lannes, que con Murat había perseguido al archiduque Fernando, debió marchar por más á la izquierda que Davout, esto es, por Landshut, Vilsbiburgo y Braunau. En fin, la división Dupont, que se había avanzado muy mucho en la misma dirección, bajó al Danubio para apoderarse de Passau, y Napoleón con la guardia siguió á Murat y á Soult, por la calzada de Munich.

Antes que Napoleón saliese de Augsburg ordenó un sistema de precauciones que cada vez van á llamar más y más su atención, como lo veremos según que vaya agrandando la escala de sus operaciones; sistema que va á presentárnosle sin par en el mundo por lo inmenso de sus previsiones y la actividad de su solicitud. Su objeto era crear en la línea de operaciones puntos de apoyo que pudieran facilitarle, fuera el avanzar, fuera el retroceder, á ser indispensable este último partido. Esos puntos de apoyo, á más de la ventaja de presentar una cierta fuerza, rendirían la de guardar inmensidad de provisiones de toda especie, siempre muy útiles para el ejército que marcha avanzando, siempre indispensables al que vuelve retirándose. Augsburg fué el que escogió en Baviera, sobre el Lech, como que ofrecía varios medios de defensa y los recursos consiguientes á una ciudad populosa. Ordenó, pues, que allí se ejecutaran inmediatamente los trabajos necesarios para ponerse á cubierto de una interpresa, y se cerraron granos, ganados, paños, zapatos, municiones y establecieron hospitales. Los pedidos de paño y de zapatos se hicieron á Nuremberg, á Ratisbona y á Munich, pagándolos al contado, y exigiendo que las remesas se verificaran con la mayor celeridad, todas ellas con dirección á Augsburg, y como este era el punto del paso principal del ejército, todas las tropas iban proveyéndose allí de cuanto habían menester. Tomadas ya todas estas precauciones, se puso en camino Napoleón siguiendo á las otras divisiones suyas que le llevaban de delantera una ó dos jornadas.

Moviéronse, pues, las tropas del modo que acabamos de indicar. Todas ellas iban caminando para el Inn el 26 de octubre. Ni un solo puente habían dejado sin cortar los austro-rusos; pero en todas direcciones se echaban nuestros soldados sobre barcas, teniendo que pasar á la orilla opuesta por entre un fuego espantoso de fusilería y de artillería, arrojando al enemigo de sus puestos para poder atender al restablecimiento de los puentes, que no estaban enteramente destruídos á causa de la precipitación con que el enemigo se retiraba. Bernadotte, que apenas encontró resistencia en su marcha, pasó el Inn por Wasserburgo el 28 de octubre; y los mariscales Soult, Murat y Davout cumplieron igual diligencia por Muhlendorf y Neu-Étingen. Lannes se dirigió hacia Braunau, y como encontrara cortado el puente, en algunas barcas que allí se pudieron coger despachó un destacamento que pasó el río y se presentó á las mismas cercas de Braunau. ¿Cuál no sería la admiración de nuestros soldados al ver abierta esa plaza y en un estado de defensa perfecto, y completamente armada y provista de abundantes recursos? Ocupáronla inmediatamente, deduciendo de un hecho tan original que

la celeridad con que se retiraba el enemigo rayaba ya en desorden.

Contentísimo Napoleón de un hallazgo de tanto importe, pasó él mismo en persona á Braunau para reconocer el valor de aquella plaza y ver de qué manera utilizarle. Luego que la hubo examinado, ordenó se trasladase allí gran parte de los recursos que se habían mandado almacenar en Augsburg, juzgando más á propósito aquel punto para los fines que él se proponía. Dejóle por lo mismo una guarnición bajo las órdenes de su edecán Lauristón, que ya estaba de regreso de la campaña marítima con que acabó la carrera del almirante Villeneuve; y no se entendía que se le dejaba simplemente el mando de la plaza, sino que era el gobierno de todo cuanto quedaba á retaguardia del ejército, pues que había de entender en la dirección de los bastimentos, de las municiones, de los heridos, de los reclusos que fuesen de Francia, de los prisioneros, etc., etc., porque todo había de pasar por Braunau, bajo la dirección del general Lauristón.

Desde el 29 al 30 de octubre ya nuestras armas habían pasado el Inn, salido de la Baviera, é invadido el suelo del alta Austria, cargando por lo tanto en los Estados hereditarios de la casa imperial, con lo que quedó desahogado el de los aliados. Marchaban á su empresa á cubierto de cualquier movimiento que pudieran intentar los archiduques, entretenidos por Bernadotte y Marmont en Salzburgo, y por Ney en el Tirol. Napoleón se dispuso á pasar sin pérdida de instante desde la línea del Inn á la del Traun. Yendo del Inn al Traun se queda uno siempre con el Danubio á la izquierda, y los Alpes á la derecha, corriéndose un país admirable, muy semejante á la Lombardía, aunque no tan risueño por hallarse al Norte de los Alpes en lugar de al Mediodía, y que formaría una extensa vega, sin la enorme montaña, ó mejor pico, que en su centro se levanta, con el nombre de Hausruck, apartado enteramente de los Alpes, y que parecería una verdadera isla si las aguas llegaran á inundar aquel país. Una vez que se ha dejado ese pico de Hausruck, todo lo que se alcanza á ver es una llanada undosa y poblada de árboles. El Traun lleva su caudal por entre cascadales y arbolados primorosos hasta perderse en el Danubio, cerca de Lintz, ciudad capital de la provincia, tan fuerte como Ulm, militarmente hablando, y por consiguiente erizada de fortificaciones del arte moderno, alzadas todas ellas después de nuestras terribles guerras.

Napoleón despachó á Lannes para Lintz por Efferding, y á los mariscales Davout y Soult por el camino de Ried y Lombach para Wels, debiendo ir faldeando el Hausruck; seguía siempre Murat con su caballería, y la guardia marchaba con el cuartel general. Sin embargo, como se recelara que acaso el enemigo habría escogido la vega del Wels para campo de batalla, ordenó Napoleón á Marmont que dejase á Bernadotte en Salzburgo, y se revolviere hacia el grueso del ejército pasando por detrás del Hausruck, camino de Estraswalchen á Wels, para que atacase á los austro-rusos por el flanco, si allí hubiesen resuelto empeñar la batalla.

El 1.º de cazadores los alcanzó más allá de Ried, acometió con ellos y los derrotó. De allí se marchó contra Lambach, punto que el enemigo aparentó defender, pero sólo con ánimo de ganar tiempo para ver

de salvar sus convoyes. Davout logró por fin alcanzarle y empeñó con la retaguardia una refriega lucidísima; mas preparativos para una batalla formal en ningún punto parecieron. Los austro-rusos pasaron el Wels, amparándose así tras el Traun; nuestras tropas entraron en Lintz sin disparar un tiro, y aunque aquéllos se habían servido del Danubio para desocupar sus mejores almacenes, todavía nos dejaron recursos harto preciosos. Allí fué donde Napoleón estableció su cuartel general el 5 de noviembre.

Napoleón una vez puesto en Lintz, despachó sus divisiones desde el Traun al Ens; cosa sumamente fácil, porque el país existente entre esos dos ríos que llevan sus aguas al Danubio, no presenta ninguna posición ventajosa para el enemigo. Es una como terrera muy poco elevada, llena de quebradas y de bosques, con dos escarpas, una de las cuales es preciso repechar después de pasado el Traun, y descender la otra cuando se quiere pasar el Ens. No habiendo, pues, defendido ese punto por la parte que mira á Traun, imposible era pensar en defenderle á la de Ens, dominada en todos sentidos. Por lo mismo sin el menor obstáculo se pasó ese último río.

Teniendo ya Napoleón su cuartel general en Lintz y su vanguardia á orillas del Ens, tuvo que entrar en nuevas disposiciones para continuar su marcha ofensiva, y ejecutada, como se dijo, por un camino estrecho entre el Danubio y los Alpes. Era grave el inconveniente de ir avanzando de tal suerte en una columna tan larga, cuyos extremos no podían socorrerse mutuamente en caso de una sorpresa del enemigo; con más el riesgo que constantemente debía tenerse á la vista, si por desgracia los archiduques llegaran á abandonar repentinamente la Italia, para correr á la defensa del Austria, cayendo sobre el flanco de aquel ejército; y con otro inconveniente todavía, la escasez de los víveres ya devorados ó destruidos por los rusos. Semejantes dificultades de seguro merecían precauciones antes de pensar en llegar á Viena.

El peligro mayor de una marcha semejante estaba, á no dudarlo, en la posibilidad de que los archiduques aparecieran allí de improviso. Las dos masas beligerantes que operaban en Austria y Lombardía, iban del Oeste al Este; una de ellas á las órdenes de Napoleón y Kutusof al Norte de los Alpes, y la otra al Mediodía bajo el mando de Massena y del archiduque Carlos. ¿Cabría el que el archiduque Carlos, apartándose de repente de Massena, á cuyo frente podía dejar una simple retaguardia para engañarle, atravesase los Alpes, recogiese de paso las fuerzas de su hermano Juan en el Tirol, y que penetrase en la Baviera con ánimo, ya de reunirse á los austro-rusos tras una de las posiciones defensivas que se encuentran en el curso de aquel río, ya resuelto á caer sobre el flanco del grande ejército francés? La cosa era posible, pero muy poco probable.

Dos rutas tenía el archiduque: la primera podía llevarle tras del Inn por el Tirol, Verona, Trento é Innsbruck; la segunda, más apartada ya, le habría conducido á la posición de San Polten, al frente de Viena, por la Carintia, la Estiria, Tarvis, Leoben y Lilienfeld. Por lo que hace á la primera, aun suponiendo al archiduque resuelto á tomarla desde el instante mismo en que se supo la capitulación de Mack, cumplida el 20, no cono-

cida en Verona por los franceses hasta el 28, ni pudo serlo por los austriacos hasta el 25 ó 26; suponiendo además que el archiduque no quisiera empeñar un combate con los franceses, antes de abandonar la Italia, en ánimo de contenerlos, le habrían quedado cuatro días (desde el 25 al 28) para atravesar el Tirol y ponerse en el Inn, río que pasó Napoleón en el 28 y 29. Era muy poco tiempo ese para acabar jornada semejante. En cuanto á la ruta de Estiria que hubiera podido emprenderla después de la batalla de Caldiero, le obligaba á atravesar el Friul, la Carintia, la Estiria, teniendo que pasar cien leguas de Alpes desde el 30 de octubre, en cuyo día ocurrió la batalla de Caldiero, hasta el 6 ó 7 de noviembre, que fué en el que Napoleón pasó el Ens para continuar avanzando. Ya se ve que en tan corto período tampoco habría podido ejecutar tal operación. Si el archiduque Carlos no podía atajar á Napoleón ocupando una de las posiciones defensivas del Danubio, para oponerle ciento cincuenta mil austriacos y rusos reunidos, posible le era sin tratar de aventajarle, y aun dejándole adelantar, el atravesar la cordillera de los Alpes, y acometer un ataque contra el flanco del grande ejército. Sin duda que con soldados acostumbrados á vencer, predispuestos á las empresas atrevidas, y capaces de atropellar por cima de todo, se hubiera podido acometer un tal intento, causar en la marcha de Napoleón un desorden repentino, no poco serio, y acaso cambiar enteramente la faz de los acontecimientos; pero es que también se exponía uno á quedar cogido entre dos fuegos, entre Massena y Napoleón, que eso mismo le sucedió en su tiempo á Souwarow en San Gotard. La resolución tenía mucho de azarosa, y semejantes resoluciones nadie las toma cuando manda un ejército que es el último recurso de una monarquía.

Y sin embargo Napoleón se condujo en aquel caso como si semejante resolución hubiese sido probable. El único punto que el enemigo pudiera ocupar para cubrir á Viena, ya se encontrase solo el ejército de Kutusof, ya se le hubiesen incorporado los archiduques, era el de San Polten. Sobrado conocida es esa posición. Los Alpes de la Estiria, sobre alejar el Danubio hacia la parte Norte, desde Molk á Krems, delinean un como estribo llamado el Kahlenberg que va á morir á la misma orilla del río, sin dejar apenas el ámbito de un carril entre él y las aguas. Como ese estribo encubre tras de su mole la ciudad de Viena, es preciso atravesarle si se quiere llegar á aquella capital. Subiendo hasta la mitad de ese repecho se da con una posición harto espaciosa, que lleva el nombre de San Polten por estar este pueblo allí inmediato; y no cabe duda de que un ejército austriaco en retirada puede con ventaja ofrecer allí una batalla defensiva. De la calzada de Italia á Viena se aparta un ramal que guía á ese San Polten por Lilienfeld, y por ese ramal hubieran podido acudir los archiduques. Un famoso puente de madera echado sobre el Danubio, el puente de Krems, ponía aquel punto en comunicación con ambas riberas, á las cuales hubieran podido concurrir por la Bohemia los ejércitos de la reserva rusa y austriaca. Ahí, pues, era donde Napoleón debía dar con la reunión general de las armas aliadas, siempre que posible fuese el reunir las al frente de Viena. Por lo mismo, para avanzar hacia ese punto tomó las precauciones que eran de esperar de un general sin par hasta ahora en lo

atrevido de sus combinaciones. Como tenía á su derecha el cuerpo que mandaba Marmont, hizo que éste pasase á Leoben por un carril que va desde Linz á ese otro punto, atravesando la Estiria. Si Marmont llegara á saber que los archiduques se iban acercando, él debía replegarse hacia el grande ejército, formando el extremo de la derecha; pero si aquéllos pasaban directamente desde el Friul á Hungría, establecerse en Leoben para poder apoyar á Massena. Entre el camino que Marmont iba á tomar y el que á orillas del Danubio seguía el grande ejército, existe otro de herradura que pasa por los montes de Waidhofen, San Gaming y Lilienfeld, más allá de la posición de San Polten, ofreciendo así el medio de ponerse á espaldas de aquel punto. A la división Davout dió Napoleón la orden de ir á ocuparle; y como la de Bernadotte no fuera ya necesaria en Salzbuzgo desde que Ney se puso en el Tirol, también se le mandó viniera acercándose al centro del grande ejército, enviando los bávaros que con ella estaban á incorporarse con Ney; cosa que debió serles muy satisfactoria, pues que siempre habían ambicionado la posesión del Tirol. Napoleón se reservó los cuerpos de los mariscales Soult, Lannes, Bernadotte, Murat y la guardia, para acometer de frente la posición de San Polten, tras la cual se había de poner, como ya se dijo, el mariscal Davout.

Todavía tomó Napoleón otras precauciones sobre la ribera izquierda del Danubio, enteramente descuidada hasta entonces, con todo de seguir el ejército marchando por la derecha. Se hablaba de una reunión de tropas en Bohemia, formada por el archiduque Fernando que se había fugado de Ulm con algunos miles de caballos; y también se corría la voz de que se iba acercando á toda prisa el segundo ejército ruso que Alejandro traía por la Moravia. Importaba, pues, no descuidar aquella otra orilla. Por consiguiente la división Dupont que había sido destinada á Passau, recibió orden de adelantarse por la orilla izquierda del Danubio, procurando marchar siempre á línea del grande ejército, y cuidando de enviar descubiertas al camino de Bohemia para asegurarse de cuanto por allí ocurriera. A esa división se habían de unir los holandeses que ya no seguían con Marmont. Y como Napoleón no tuviera por suficientes esas fuerzas, todavía mandó que se aumentaran con el cuerpo de Gazán que iba con el de Lannes. Encargó el mando de esas dos divisiones al mariscal Mortier, y con el objeto de que no quedasen aisladas del grande ejército que continuaba su marcha por el camino de la ribera derecha, salió con la idea de formar una numerosa escuadrilla con todas las barcas cogidas en el Inn, en el Traun, en el Ens y en el Danubio, sobre las cuales se pusieron víveres, municiones, soldados indispuestos ó cansados, bajando así la corriente del río al lado del ejército, y con medios de poder presentar en el espacio de una hora el número de diez mil hombres, ya á esta orilla, ya á la opuesta, sirviendo además la escuadrilla de comunicación y de transporte con ambas márgenes. El mando de ella fué encomendado al capitán Lostanges, oficial de los marinos de la guardia.

Con ese conjunto de precauciones atendió Napoleón á los inconvenientes de aquella marcha ofensiva, ejecutada por un camino estrecho y dilatado entre los Alpes y el Danubio. De suerte que en la cresta de los Alpes tenía á Marmont; como á la mitad de la vertiente de

esos montes se hallaba Davout, y al pie de ellos, todo á lo largo del Danubio, Soult, Lannes, Bernadotte, la guardia, la caballería de Murat, y finalmente una escuadrilla que enlazaba, por decirlo así, ambas márgenes, llevando consigo todo cuanto se hacía de difícil transporte. Ese era el majestuoso aparato con que Napoleón se iba acercando á Viena.

Iban nuestras tropas á salir de Lintz cuando llegó á este punto un enviado del emperador de Austria, el general Giulay, uno de los prisioneros de Ulm, á quien se le había vuelto la libertad, y que habiendo oído á hablar á Napoleón de sus disposiciones por la paz, fué á relatarlas á su amo causándole bastante sensación, y dando causa para que el emperador le despachase encargado de proponer un armisticio. Ese general no se explicaba de una manera terminante; pero harto se veía que lo que se deseaba era que Napoleón se detuviese antes de entrar en Viena, sin por eso convidar con alguna garantía de una paz inmediata y aceptable. Napoleón consentía de buena gana en entrar desde luego en ajustes de paz con un plenipotenciario acreditado en forma, y autorizado á pactar los sacrificios necesarios; mas eso de conceder un armisticio sin que se le asegurase la indemnización de los gastos de la guerra, fuera dar lugar á que el segundo ejército ruso se uniese al primero, y á que los archiduques se incorporaran con los rusos, teniendo todos tiempo para ponerse tras las murallas de Viena, falta grave en la cual no podía incurrir un Napoleón. Declaró éste, por lo mismo, que no se detendría sino á las mismas puertas de Viena, y que no se invadiría esta capital si se le saliese á recibir con proposiciones de una paz sincera; pero que de lo contrario iría adelante con su plan, esto es, con la ocupación de la capital del imperio. Alegaba Mr. de Giulay la necesidad de haberse de entender con el emperador Alejandro, antes de fijar condiciones de paz capaces de satisfacer á todas las potencias beligerantes, pero á eso respondió Napoleón diciendo que el emperador Francisco haría muy mal en subordinar sus relaciones á la voluntad de Alejandro, que no estaba presente, que quien estaba amenazado por entonces era él y no debía pensar sino en salvar su monarquía, acomodándose con la Francia, y dejando al ejército francés el cargo de hacer que los rusos se volvieran á sus hogares. Nada quiso indicar acerca de las condiciones con que él admitiría la paz; pero todo el mundo sabía que no quedaría satisfecho sino con los Estados venecianos que forman el complemento de la Italia. Provocar por sí mismo la guerra á trueque de adquirirlos, nunca lo hubiera hecho; mas como era esta vez el Austria la provocadora, nada tan sencillo como esa exigencia por precio legítimo de sus triunfos. Por último, despachó á Mr. de Giulay con una carta muy atenta, muy fina para el emperador Francisco, aunque harto explícita con respecto á las condiciones bajo de las cuales se podría contar con la paz.

También recibió Napoleón antes de salir de Lintz la visita del elector de Baviera, que como no pudo alcanzarle en Munich, pasó á aquel punto para mostrarle su gratitud, su admiración, su júbilo, y sobre todo la esperanza que él alimentaba de ver el acrecentamiento de sus Estados.

Tres días se detuvo solamente Napoleón en Lintz, es decir, el tiempo exactamente preciso para determinar y

comunicar todas sus disposiciones; mas no por eso suspendieron sus tropas la marcha; porque después de haber pasado el Inn en los días 28 y 29 de octubre, el Traun el 31, el Ens el 4 y el 5 de noviembre, caminando siguieron este último día para Amstetten y San Polten. En el penúltimo punto los rusos quisieron empeñar un combate de retaguardia, á fin de ganar tiempo para que sus convoyes se pudieran salvar del alcance del enemigo. La carretera de Viena atraviesa un bosque de abetos, y en uno de los claros de ese bosque tomaron los rusos sus posiciones, dominando un gran trecho de su cabeza, así á la derecha como á la izquierda. Como á la mitad de ese claro y á la parte avanzada, la artillería y la caballería rusa, y detrás, casi pegada á la arboleda, su mejor infantería. Murat y Lannes, que fueron los primeros que penetraron en el bosque á la cabeza de los dragones y de los granaderos de Oudinot, alcanzaron á ver aquellas disposiciones del enemigo; era el primer encuentro que ellos tenían con los rusos, y se les hacía tarde enseñarles cómo se batían los franceses. Por lo mismo, á galope despacharon por la carretera sus dragones y sus cazadores encargados de apoderarse de la artillería y caballería enemigas. Eso es lo que ejecutaron nuestros valientes soldados apoderándose de la artillería rusa, sin hacer cuenta de la metralla que les enviaba, acuchillando á la caballería y despejando aquel campo con la velocidad del rayo; pero era preciso arrollar la infantería rusa que estaba á la falda del bosque, y de esa empresa se encargaron los granaderos de Oudinot, quienes después de haber sustentado un fuego vivísimo de fusilería, caminaron contra los rusos á bayoneta calada. El enemigo desplegó entonces un valor nada común; peleaba con los nuestros á brazo partido, y resistía con no poco empeño á favor de lo cerrado del bosque; pero al cabo lograron los granaderos arrojarlos de aquella posición obligándolos á la fuga, después de haber perdido entre muertos, heridos y prisioneros unos mil hombres.

Murat y Lannes que caminaban juntos, el primero con su caballería siempre en movimiento aunque molida de cansancio, y el segundo con sus tremendos granaderos, continuaron persiguiendo al enemigo el 6, 7 y 8 de noviembre, sin poder darle pique; así es que Lannes escribía á Napoleón diciéndole: «Los rusos huyen con más prisa que la que nosotros ponemos persiguiéndolos; está visto que esos bribones no se han de parar ni una sola vez para medirse con nosotros.» El 8 llegaron por fin esos jefes á vista de San Polten, y allí descubrieron al enemigo formado en batalla, desplegando cierta arrogancia, y como dispuesto á entrar en una acción seria. Los dos jefes de nuestra vanguardia, aunque de suyo tan arrestados, no se atrevieron á empeñarse en las contingencias de una batalla sin tener antes el permiso del emperador; á más de que ni aun llevaban consigo los medios que eran necesarios para sustentarla. Por lo mismo todo el día 8 pasaron manteniéndose al frente de los rusos, muy cerca de la hermosa abadía de Molk, abadía tan pingüe sita sobre la escarpada orilla del Danubio, que domina desde sus soberbios cimborios hasta el lecho dilatado de las aguas, gozando de vistas las más risueñas del mundo. Aquel era el punto que se reservaba para el cuartel general de Napoleón, como que ofrecía recursos abundantes para amparo de enfermos y heridos.

Murat fué á alojarse en el palacio de Mitrau, habitado por un conde de Montecuculi: y en este mismo punto recibió diferentes partes diciéndole todos que los rusos no estaban en ánimo de mantenerse en Polten; en efecto, una resolución de mucho importe acababan de tomar. Como habían entretenido la marcha de las armas francesas, ya cortando los puentes, ya presentando algunas refriegas de retaguardia, satisfaciendo así los deseos del emperador de Austria, que quiso se nos disputase cuanto posible fuera la ruta de Viena, creyeron haber cumplido con su empeño, y ya no pensaron sino en su propia salvación. Volvieron, pues, á pasar el Danubio por Krems, punto en que aquel río vuelve su recodo al Norte, marchando en dirección del Este. Se resolvieron á ese paso á causa de haberse corrido la noticia de que parte del ejército francés iba marchando por la orilla izquierda del río; noticia digna de consideración en verdad, porque era de temer que Napoleón pasase la mayor fuerza de sus tropas á la ribera izquierda del Danubio, por medio de una evolución imprevista, cortándolos así el camino de la Bohemia y el de la Moravia. Por lo mismo, inmediatamente pasaron el río por Krems, quemando en seguida su puente; porque las obras que se habían comenzado para poder defenderle, y asegurarse la posesión exclusiva, estaban muy atrasadas y no quedaba más recurso que destruirle. Eso es lo que cumplieron el día 9, dejando en todo el archiducado de Austria muestras harto horribles de su presencia, como que no hicieron sino robar, arrasas, asesinar, conducirse, en fin, como salvajes, y tanto que las gentes del país llegaron á considerar á los franceses como á sus redentores. Los rusos no se portaron mejor con las tropas austriacas. Tratábanlas con una altanería insultante, y aun iban hasta imputarles los reveses de esa campaña. El lenguaje de los generales y de los oficiales moscovitas era respecto á este punto de una imprudencia insostenible y nada justa, porque si los austriacos no eran del temple de los peones rusos, todas las demás cualidades los hacían superiores á sus aliados.

Como los austriacos estaban tan mal avenidos con los rusos, se separaron de éstos para correr á la defensa de los puentes de Viena, y Mr. de Meerfeld se retiró con su división por el camino de Esteyer, hacia Leoben. Marchó, pues, perseguido por el general Marmont que llevaba el camino de Waidhofen á Leoben, y por el mariscal Davout que iba por el de San Gaming á Lilienfeld. Así tenían abierta enteramente las tropas francesas la ruta que guía en línea recta á Viena, y dos solas jornadas les faltaban para ponerse á las puertas de aquella capital, sin tener á su frente ni un solo enemigo para disputarles su entrada.

Sobremenera debía tentar á Murat esa ocasión. Era difícil que él pudiera resistir al deseo de adelantarse, á fin de lucir en la capital del Austria su persona, siempre la primera y la más aparente así en las paradas como al frente del peligro. Nunca había penetrado en esa metrópoli del imperio germano un ejército del Occidente. Moreau en 1800, como el general Bonaparte en 1797, habían ajustado armisticios antes de llegar á Viena, y los turcos sólo se acercaron una vez á sus arrabales, pero sin penetrarlos. Murat no pudo contenerse, y el 10 y el 11 marchó contra aquella ciudad, apurando á los mariscales Soult y Lannes para que le siguieran.

Con todo, buen cuidado tuvo de no penetrar en la población, deteniéndose en Burkersdorf, en el desfiladero montañoso del Kalstemberg, distante de Viena dos leguas.

Inútil era y aun arriesgada semejante precipitación. Un cambio de dirección como el que acababa de indicar el enemigo en su tan inesperado movimiento, sobrado mandaba hacer alto hasta recibir nuevas órdenes del emperador. Por otra parte, era eso adelantarse demasiado del cuerpo del mariscal Mortier, no menos que de la escuadrilla destinada á mantenerle en comunicación con el ejército, y no convenía correr como un desalentado entre los rusos ya puestos del otro lado del Danubio, y los austriacos impelidos hacia las sierras.

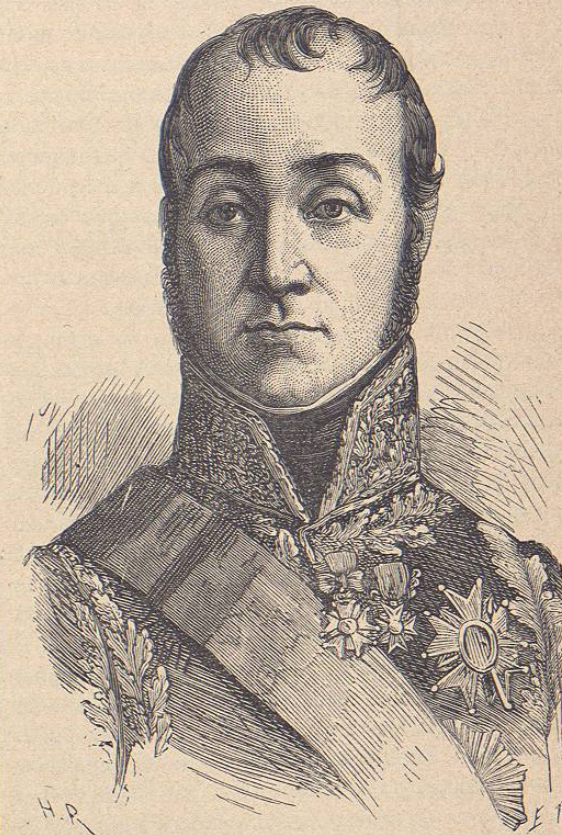
En efecto, puesto el mariscal Mortier en la orilla izquierda del Danubio, ya inmediato á Estein y en presencia de los rusos que habían pasado aquel río por Krems, bien debió temer una acometida. Y la culpa no era precisamente de Murat, aunque este jefe agravara aquel peligro con su marcha tan precipitada sobre Viena, sino á un descuido rarísimo en las operaciones dirigidas por Napoleón, y que sin embargo se deja notar aquí, porque hasta la atención más cuidadosa y vigilante se suele dormir tal vez.

La costumbre invariable de Napoleón era cerciorarse siempre de la ejecución de sus órdenes, una vez ya comunicadas; pero en aquella ocasión perdió de vista ese cuidado entre los tantos que le rodeaban. Había ordenado de un modo muy general la reunión de las divisiones Gazán, Dupont y Dumonceau en un solo cuerpo; la formación de la escuadrilla bajo el mando del capitán Lostanges, á fin de tener en comunicación las columnas que caminaban por la izquierda del río, con las que iban por la derecha; y dejó al cuidado de sus generales, más de lo que era debido, la concordancia de todas esas cosas. Murat había avanzado con demasiada celeridad; Mortier, ya se dejara llevar de aquel movimiento precipitado, ya que no hubiese trazado al general Dupont instrucciones determinadas y positivas, ello es que puso una jornada de distancia entre la división Gazán, que él mismo llevaba consigo, y las mandadas por Dupont y Dumonceau, que debían acompañarle. La escuadrilla, que tantas dificultades encontrara, había quedado muy rezagada.

Sin embargo, Napoleón que con la velocidad del pensamiento llegó á reparar semejantes inconvenientes, se avanzó corriendo á Molk, y adivinando el riesgo en que estaba el mariscal Mortier, allí detuvo el cuerpo que mandaba Soult, despachando al mismo tiempo órdenes para que Murat y Lannes hiciesen alto también porque temía no tan sólo lo que pudiera sucederle al cuerpo que caminaba por la orilla izquierda del Danubio, sino la exposición de su vanguardia tan imprudentemente metida en los desfiladeros del Koehlenberg.

Los descuidos en ninguna parte se pagan tan pronto como en la guerra, porque en ninguna otra se enlazan las causas y los efectos con tanta rapidez. Los rusos que mientras atravesaban el suelo del Austria iban guiados por un oficial del estado mayor austriaco de los más distinguidos, el coronel Schmidt, descubrieron en breve la existencia de una división francesa aislada en la orilla izquierda del Danubio, y se resolvieron á derrotarla.

Con la espalda guardada, después de haber cortado el puente de Krems, estorbando así que el ejército francés pasase á la defensa de la columna comprometida, y como no hubiera allí un número suficiente de barcas para poder formar puente, no vieron inconveniente en detenerse para recoger un triunfo que les parecía cosa muy fácil. La división Gazán se componía cuando más de cinco mil hombres, y los rusos eran unos cuarenta mil, pues ya no iban con ellos los austriacos. Hasta el país mismo era allí un auxiliar del enemigo, porque el Danubio lleva en aquel punto sus aguas por entre dos



El general Oudinot

márgenes escarpadas, y casi cerradas con los montes de Bohemia por una parte, y los Alpes de Estiria por la otra. Desde Dirnstein á Estein y á Krems, el camino de la orilla izquierda, angosto y abierto de trecho en trecho en el roquedal, toca con el río y con las cuevas que le dominan, haciendo muy difícil el carretero por aquel paraje. Por esa misma razón tuvo Mortier que poner en barcas la única batería que llevaba consigo, y abreviar el paso de aquel camino, mandando á la caballería echar pie á tierra, y seguir el carril tras los peones con los caballos de la brida.

El 11 de noviembre, día en que Murat iba corriendo como un desatinado para ponerse á las puertas de Viena, siguiendo la orilla derecha del Danubio, Mortier por su parte había llegado á Dirnstein, en cuyo punto se ven las ruinas del castillo que en sus tiempos retuvo prisionero á Ricardo, *Corazón de León*. Allí algo se abren ya los montes, dejando un cierto espacio entre sus faldas y el río; espacio por medio del cual sigue el camino, ora encajonado en el terreno, ora levantándose de su superficie por medio de una calzada. Ese fué el punto, pues, desde donde la división Gazán alcanzó á